NOVELAS DEL "COMICO"

PERICUETO

POR

A. DEL PALACIO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MEXICO

—

TIPOGRAFIA DE «EL MUNDO»
Calle de Tiburcio 20
1899

I

HAY en la vida acontecimientos inverosímiles, que son, no obstante su inverosimilitud, tangibles realidades; hay hechos inconcebibles, hijos de imaginaciones acaloradas ó de obsesiones funestas, que no se explican, y hay también enigmas vivientes á los que es inútil aplicar el microscopio de la observación, con el cuál tan curiosos arcanos se han desentrañado y tantos incomprensibles caracteres se han descrito.

Cuando estos acontecimientos, estos hechos y estos caracteres se dibujan ligeramente, pues de otra manera no es posible, y se ofrecen de buena fe á las analizadoras miradas del público, tómalo éste por una extravagancia del autor, y el mayor grado de verosimilitud que le concede, si le concede alguna, es tan pequeño, que sólo dura el

tiempo tardado en leer las líneas de que se compone aquel rápido bosquejo, tan pronto leído como olvidado.

Historias se han escrito, que corren en boca de las comadres como entretenidos cuentos, propios únicamente para dormir á los díscolos muchachos, y cuentos han producido algunos previlegiados talentos, que han quitado el sueño á más de un sabio enchido de ciencia.

Debo, pues, para evitar falsas calificaciones, declarar anticipadamente que no es cuento, por más que lo parezca, lo que el lector tendrá ocasión de saber, si pereza no tiene para seguir el curso de mi narración. A mí me lo contó persona de quien no es posible dudar, y á esa persona no se lo contó nadie, sino que ella misma tomó una parte activa en el suceso á que me refiero.

Dejo, no obstante, en libertad de no creerlo á todos aquellos, y serán muchos, que no se expliquen el por qué de lo sucedido, recomendándoles hagan un viaje, no pequeño, al lugar en que la escena se desarrolla, y tal vez entonces caigan de su burro; pues, sobre no existir otro medio de locomoción para llegar hasta Rasines, le convencerán los cien vecinos que trataron y maltrataron al héroe de esta historia.

Y dicho esto, entraré en materia.

II

Rasines está situado en el centro de la montaña, y es tal su insignificancia, que juraría no figura en ninguno de los mapas hasta ahora publicados. Pero, á pesar de esta omisión, es un pueblecito tan pintoresco, que parece haber sido transportado desde un valle de Suiza al sitio agreste en que se halla.

Pocas enfermedades se conocen en Rasines, y sin embargo, pocos serán los vecinos que no conozcan á Demetrio Pérez, médico de aquel partido. Su caracter jovial y decidor se ha captado de tal modo las simpatías de aquellos habitantes, que no ya para los casos de su profesión, sino hasta para los completamente ajenos á su cargo, es llamado, requerido, é importunado. Tratáse de concertar una boda; pues es preciso acudir á Demetrio para que orille las pequeñas dificultades que se presentan. Desconciértase un matrimonio, pues allí está Demetrio, llamado por los parientes para zurcir con su persuasiva palabra las desacordes voluntades. El que proyecta edificar una casa, el que intenta comprar una mula, el que va á vender un buey, el que trata de hacer testamento, el que quiere enseñar á cazar á su perro, todos, todos sonsultan antes á Demetrio. Y Demetrio, complaciente y cariñoso

con todos, aconseja, sube, baja, anda y escribe en provecho de sus convecinos, y olvidado casi siempre de su propio provecho.

Debo advertir que Demetrio es joven, soltero y huérfano. Su única pasión, pasión que no trata de ocultar, es la *bolera*. (1)

En ella, ó en la tienda de Pepe Livián, deja deslizar las doce horas del día que pasa fuera de la cama, y en ambos sitios recibe á su numerosa clientela.

III

A mi llegada á Rasines me hospedé en la tienda de Pepe Livián, y por sí la palabra *tienda* no da á mis lectores una idea precisa de lo que es aquello, añadiré que, además de venderse en ella vino, dulce, seda, calzado, pólvora, tabaco, papel sellado y embutidos, es fonda, café, billar, casa de huéspedes y botica.

Allí conocí á Demetrio Pérez, estableciéndose pronto entre él y yo esa fraternal simpatía, producida tanto por la afinidad de ideas, cuanto por las generosa expansiones de la juventud.

¡Ni él ni yo habíames llegado todavía á esa edad en que el egoismo empieza á gritar y el corazón á enmudecer!

---

[1] El juego de bolos.

IV

La trastienda de Pepe Livián era, y supongo seguirá siéndolo, el punto de reunión de la media docena de desocupados que viven en Rasines. En aquella estrecha habitación, iluminada de día por una ventana festoneada de enredaderas, y de noche por una lámpara de petróleo suspendida del techo, se juega al dominó y al tresillo, se habla, se fuma y se murmura de las hijas del dueño de la casa.

En esas inocentes ocupaciones estábamos entretenidos una tarde los cuatro ó cinco habituales concurrentes á la trastienda, cuando acertó á entrar un hombre á componer no sé qué.

—¡Buenas tardes, Pericueto!—le dijo Pepe Livián.

Y no bien fué oído este nombre por mis compañeros de tertulia, cesaron todas las conversaciones, dejaron de agitarse las fichas, y sucedió á la común algazara un silencio grave y solemne que no me atreví á interrumpir.

Demetrio se levantó de su silla, y acercándose al mostrador, entablo con el recién venido un diálogo, cuyas palabras percibíamos desde nuestro rincón, claras y armoniosas cuando hablaba Demetrio, confusas, extra-

ñas, incoloras, por decirlo así, cuando respondía su interlocutor.

Quise, estimulado por la curiosidad, contemplar al individuo cuya presencia era causa de aquella insólita grovedad y me dirigí á la tienda, pretextando buscar un vaso para beber agua.

Lo que ví entonces no se ha borrado aún de mi imaginación, á pesar de los años transcurridos.

¡Qué cara la de aquel hombre..... mejor dicho, ¡qué falta de cara!..... porque aquello no era cara, sino un informe hacinamiento de pedazos de carne.

Cierro los ojos, y todavía veo aquellos rasgos incoherentes, horribles; aquellas orejas colocadas fuera de su sitió; aquel resto de bigote puesto, no sobre el labio superior, sino debajo de un boca desdibujada, negra; aquellos labios trocados; aquella frente formada de pedazos de carne arrancados de las mejillas, y sobre todas estas piltrafas, lívidas á trozos y á trozos sanguinolentas, destacando una nariz correcta, escultural, de nacarada epidermis, y sobre ella unos anteojos ahumados. Y nada de cejas, ni de barba, ni cabellos.

¡Horroroso espectáculo!

La fealdad puede en ocasiones hacer reír; la de aquel hombre hacía estremecer.

Todo esto que os cuento y que yo apreció de una ojeada, resulta pálido y mezquino al lado de la realidad. Describir aquella fisonomía, es empresa poco ménos que imposible.

V

Cuando volví á entrar en la trastienda debía yo llevar pintado en el semblante el asombro que la vista de Pericueto me había producido, porque mis compañeros se miraron silenciosamente y se sonrieron.

A los pocos momentos reapareció Demetrio, y con voz que denotaba la tristeza de que se hallaba poseído, dijo:

—Ya se ha marchado.

—Y bien—me atreví á replicar—¿quién es ese hombre?

—El *Feo de Rasines.*

—¡Pero eso no me dice nada!

—Pregunta lo que quieras y te contestaré.

—¿Desde cuándo es *feo* ese sujeto?

—Desde que nació; pero principalmente desde hace dos años.

—¿Tal vez alguna explosión?.....

—No; un suicidio.

—¿Y no murió?

—Ya ves que no.

—¿Cómo se suicidó?

—Pegándose una perdigona.

—¿Y fueron los perdigones la causa de su fealdad?

—No; la causa fuí yo.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Acaba de sa-

tisfacer mi curiosidad contándome esa historia, ó no respondo de mis nervios!

—Pues bien: ten calma y escucha.

VI

—Pericueto, ó Pedro Cueto, que este es su verdadero nombre, nació, si no hermoso, sano, robusto y bien conformado, pero trayendo sobre la frente el estigma de la miseria, herencia fielmente trasmitida de padres á hijos en la familia de los Cuetos.

Creció Pedro, y cuando ya su lengua empezaba á barbotar esas primeras palabras sembradas de interrogaciones con que los niños expresan su alegría ó su dolor, unas malignas viruelas le hicieron perder casi por completo la poca belleza que poseía.

De entonces data su apodo. Los chicos empezaron á llamarle el *Feo*, y como su fealdad aumentó después por desgracias sucesivas, fué la gente olvidándose de su nombre y se le conoció por el de *Feo de Rasines*.

Pero no quiero anticipar sucesos y prosigo.

A los diez años quedó huérfano Pedro.

A los doce se rompió una pierna por ir á coger una colmena situada en una roca, y quedó cojo.

A los quince se fué á trabajar á las minas, y *debutó* perdiendo tres dedos de la mano

derecha, á consecuencia de la explosión de un barreno.

A los veinticinco se casó.

Esta fué la mayor desgracia de toda su vida.

El carácter de Pericueto era por entonces taciturno, hosco, sombrío. No era suya toda la culpa.

Figúrate un sér desgraciado, pobre, que tiene que vivir de la limosna de su vecinos, y que en todas partes es recibido con carcajadas, con epítetos malsonantes, con cuchufletas; un sér al que los chiquillos persiguen y arrojan inmundicias, excitándose mútuamente en su tarea con el grito de guerra de *¡ahí va el Feo!* Un sér á quien se dá la limosna á trueque de no contemplarle, y acompañándola de frases como *¡vete, que parece el trasgo! ¡Quita, que me revuelves el estómago!* y otras mil por este estilo.

No era, pues, de extrañar el *salvajismo*, así lo calificaban, de Pedro.

El sér más indefenso y dócil conviértese, si continuamente se le hostiga, en agresivo y montaraz.

Pedro, ávido de afecciones, necesitado tanto como de alimento de una persona en quien depositar el inmenso caudal de cariño acumulado en el corazón durante toda su vida, halló una mujer dispuesta á casarse con él, como último recurso para acallar las murmuradoras bocas de los vecinos del pueblo, y no vaciló en unir su pobreza y su fealdad á la miseria y mala fama de Antolina.

—Pero ¡ese hombre es un héroe!—exclamé.

—Sí, y un mártir.

—¿Y le dejaron vivir tranquilo después de su matrimonio?

—Todo lo contrario. La hostilidad contra él subió de punto. Ya no se contentaban con llamarle feo, sino que añadían otros adjetivos más odiosos.

La situación se hizo insostenible para Pedro. Su mujer, que al principio había compartido valerosamente los sinsabores que diariamente aquel recibía, acabó por atemorizarse y negóse á salir de casa.

El azar ó el demonio hizo que un arriero vizcaino, que se hallaba de paso en Resines, viese á Antolina, y bien fuese que la mujer quisiera huír del eterno suplicio que sobre ella pasaba, bien que el vizcaíno le pareciera menos feo que su marido, lo cierto es que una tarde, al volver Pedro á su casa, se la encontró vacía.

Esperó dos días á Antolina, negándose á creer la horrible verdad, y al tercero conoció, por boca de un compañero del vizcaino, toda la extensión de su desgracia.

Hallábame yo la tarde siguiente en la bolera, cuando vinieron á avisarme que Pericueto se había pegado un tiro con la escopeta que el señor cura había tenido la candidez de prestarle.

Corrí á casa del *Feo*, y le encontré tendido en el suelo, exánime y rodeado de curiosos, que acaso por vez primera contemplaban sin reír aquel espantoso é informe rostro.

Pericueto se había pegado la perdigonada en la cara, casi á boca de jarro.

Hice colocar el cuerpo sobre la cama, y lo examiné, no sin haber tenido antes que lavar la sangre que le inundaba por completo.

¡Qué feroz carnicería! El ojo derecho había desaparecido por completo; un jirón formado por la nariz y parte de la frente dejaba ver la envoltura de la masa cerebral; la mandíbula inferior aparecía fuera de su sitio, desencajada, suspendida solamente por unos restos de pellejo, en tanto que el labio superior, con su bigote, se escondía revuelto con los arrancados dientes, en la boca desfigurada de Pedro.

Confieso mi falta, indisculpable no yo en un médico, sino hasta en el menos aplicado estudiante de Medicina; pero me pareció tan imposible que hubiese aún en aquel cuerpo un resto insignificante de vida, que ni siquiera me tomé el trabajo de averiguarlo.

Dí, pues, de barato que había dejado de existir, y á fin de que pudiera ser enterrado, arreglé precipitadamente aquel rostro, sujetando los restos esparcidos por medio de algunas soturas, pero sin cuidarme para nada de la armónica colocación de los retazos.

Cuando estaba terminanda mi tarea, vinieron á buscarme para asistir á un albañil que se había caído de un tejado, pero de un tejado muy bajo afortunadamente.

Quedáronse con Pericueto algunos vecinos, y me fuí á reconocer las costillas del imprudente enjalbegador.

A las nueve de la noche, y en el momen-

to en que me quitaba las botas para acostarme, recibí la noticia estupenda, inaudita, de que Pericueto había dado señales de vida.

El rubor profesional enrojeció mis mejillas, y loco, á medio vestir, me precipité por las escaleras, y corrí, mejor dicho, volé á la cabecera del enfermo.

La noticia era cierta. Pedro no había muerto. Quise entonces reparar mi yerro, y prodigué todos los recursos de la ciencia, todos los cuidados del enfermo, todas las medicinas de la botica y todo el dinero de mi bolsillo.

Dos meses pasé cuidándole, sin desnudarme, sin separarme de su lecho, y por fin pude ver realizado el milagro de hacer vivir al *Feo de Rasines*. ¡Pero en qué estado! ¡Tú lo has visto!

El arreglo precipitado que yo hice en aquella fisonomía no admitía fe de erratas. Quedó, por tanto, Pedro sin nariz, sin un ojo, con los labios trocados, con media lengua de menos, sin cejas, y con las orejas en la posición que has podido observar.

—Pero entonces, esa hermosa nariz que lleva....

—Esa nariz es de plata esmaltada, y fué un regalo que yo le hice como compensación de la que por mi causa había perdido.

—Me parece horrible lo que acabas de contarme. ¿Y para qué lleva esas gafas? ¿Quizás para que no vean que es tuerto?

—¡Hombre, no; para sujetar la nariz!

—¿Y cómo recibió el pueblo la vuelta á la vida de Pericueto?

—¡Eso es lo pasmoso, lo increíble, lo absurdo!

Cuando Pedro salió á la calle mucho más feo que antes, gracias á estas manos pecadoras, y no obstante su nariz de plata, los que le encontraban le saludaban amistosamente con simpática gravedad, las limosnas llovían en su mano sin necesidad de pedirlas, y los chicos ¡asómbrate! le abrían calle cuchicheando, pero sin atreverse á reír.

—¿Y qué fué de Antolina?

—No se ha vuelto á saber nada de ella, ni creo que Pedro tenga ganas de saberlo.

—¿Y éste es feliz?

—Como nunca lo ha sido, y sin que le pase, ni en sueños, por la imaginación la idea de volver á suicidarse, pues se ha convencido que podría no morir, exponiéndose, en cambio, á quedar todavía más feo de lo que es.

—¿De modo que ya nadie se ríe de él?

—No; su presencia inspira un respeto profundo, al que quizás no es ajeno el remordimiento.

—¿Y él?

—Pues él, insoportable preguntón, se ríe como nunca se había reído.

—Explícame eso, y ya no tendré nada que preguntarte.

—Pues es muy sencillo: ¡¡Ahora se ríe de nosotros!!

A. del Palacio.

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

PR5774
.T5
S6

116391

FL

AUTOR

WELLS, Herbert Georges

TITULO

La máquina para explotar el